

El hombre espiritual

Giuseppina Grammatico
Universidad Metropolitana
de Ciencias de la Educación
Chile

ἐφόδιον θνατοῖς μέγιστόν
ἐστὶν εὐσεβῆς βίος
EPICARMO, fr. 18 DK

Introducción

El título de este conjunto de reflexiones, que hemos titulado «El hombre espiritual», suena quizás anacrónico en un tiempo como el nuestro, decididamente profano. Estamos convencidos, no obstante todo, de que un Encuentro que se propone escudriñar al hombre, todo el hombre, quedaría trunco si en él no se abordara la dimensión que desde siempre fue y hasta siempre será la más propia del ser humano en cuanto tal, precisamente la dimensión espiritual. Si hoy el mundo y el hombre están en el banco de los acusados, y si el juicio que se emite acerca de ellos se hace cada día más crítico y más severo, es precisamente por el desajuste que se ha producido entre un contexto en que el hombre actúa como «sólo cuerpo» -Hesíodo diría como «mero vientre»-, y la verdadera realidad de la naturaleza humana, o sea, la de un ser compuesto de materia y espíritu, y en el cual nadie sano de mente otorgaría la preminencia a la primera sobre el segundo.

Es sabido que en los comienzos, en los albores de la civilización helénica, aún no contaminado por un materialismo aberrante, el hombre parecía tener las ideas más claras sobre tan discutida cuestión; nos parece, pues, oportuno remontarnos a esos orígenes. En ese entonces lo humano y lo divino estaban tan estrechamente vinculados que era imposible separarlos: se definía a los hombres con respecto a los dioses y a éstos respecto de aquellos. El hombre moderno tiende a pensar que esto se debía a una censurable ignorancia; mira de arriba abajo a ese semejante suyo tan crédulo e ingenuo, y no le asalta siquiera la duda de que podría no ser así. Y en verdad no lo es. De hecho, un filósofo por todos admirado por su lúcida razón, Aristóteles, define el espíritu humano como «lo divino en nosotros».

Antes de él, su maestro, Platón había afirmado en uno de sus diálogos, el *Alcibíades*, que «el alma del hombre, eso es el hombre»; y después, en Roma, Cicerón, en el famoso *Somnium Scipionis*, afirmaba con convicción exactamente lo mismo: «el hombre es su alma, no ya esa silueta que se puede señalar con el dedo».

Nosotros no podemos suscribir sin más esa afirmación, pero tampoco podemos resignarnos a colocar al hombre entre los que solemos denominar «seres inferiores», como una bestia más, por más que respetemos a las bestias. Estamos convencidos de que somos «seres animados», pero no simplemente «animales». Nuestro pensar intenta remontarse lo más lejos posible, y desprenderse de la mirada fría y escéptica de los «iluminados» de turno. No podemos olvidar que el hombre es un todo, y que, cuando logra tomar conciencia de su totalidad, queda literalmente estupefacto ante la maravilla de su ser. Tiene a Dios adentro, y lo sabe.

A la luz del mito

A los estudiosos del mito -no, por cierto, el mito como ficción, sino el Mito con mayúscula, maravillosa vía de acceso, conjuntamente con la ciencia, al descubrimiento de la Verdad acerca del hombre y del mundo-, esta realidad no les pasa inobservada. Escuchemos a uno de ellos, particularmente agudo y documentado, Ernst Cassirer, que escribe: «Ya la primera conciencia del hombre, hasta la cual podemos retroceder, debe ser concebida simultáneamente como una conciencia divina...; ella no tiene a Dios fuera de sí..., entraña en sí misma la relación con Dios». «Al hombre primitivo el dios todavía no le era proporcionado por teoría o ciencia alguna; la relación era real». Y más adelante: «El yo, la verdadera mismidad del hombre, se encuentra sólo dando un rodeo por el yo divino»¹.

Cuando nos adentramos en el misterio del mito, nos sorprende la profundidad de la relación que liga la persona humana a la divina. Da la impresión de que sólo en el dios el hombre se reconoce y toma conciencia de sí. La máscara del dios, que viste en el marco de una fiesta o de un rito, no hace sino exteriorizar, mediante un objeto sacro externo, ese «divino en él» que percibe como lo más suyo. Cabe, pues, detenerse un poco para examinar el vínculo que desde siempre ha unido las dos figuras arquetípicas -a saber, el hombre y el dios- que ocupan los dos polos de un eje que atraviesa, de un borde al otro, esa gran esfera que contiene todo lo que es.

En el mundo mítico la figuras de los dioses son especialmente complejas porque encierran en sí, a pesar de ubicarse fuera del tiempo fragmentable y medible de los humanos, algo así como una larga historia que avan-

¹ *Filosofía de las formas simbólicas*, vol.II, pp. 24-25.

za, desde su originaria aparición dentro del horizonte humano -aún sin un perfil definido, pero magníficos en su majestad o terribilidad-, a través de una larga secuencia de configuraciones que paulatinamente van adecuando su imagen a la capacidad del hombre de aprehenderla y espejarse en ella, hasta la coronación de un itinerario que contempla el abrirse a su deseo y el tomar su misma forma, sin perder por eso nada de su ilimitada grandeza.

Del mismo modo compleja, desde el comienzo de su vida consciente, dentro de un mundo a veces maravilloso, otras veces aterrador, nos aparece la figura del hombre, ese hombre que se busca a sí mismo avanzando tras las huellas de algo o alguien que le señale el camino para encontrar el sentido de su estar en la luz y en el ser, y le conceda la fuerza para expulsar de su entorno «la tiniebla infinita». Caos y cosmos se disputan dentro de él un lugar donde desplegar su acción salvífica o funesta, y tendrá que aprender a costa de su vida a convivir con ambos, si no quiere renegarse a sí mismo rompiendo su frágil equilibrio.

Aún todos empapados de mito, los antiguos textos guardan el testimonio de esos primeros pasos dirigidos a asomarse a las riberas de la vida, de esa primera mirada al fascinante vórtigo de las cosas que el devenir compone y recompone en su, en apariencia, azaroso vaivén; de ese primer confiado y a la vez tembloroso abandono a la fuerza de una naturaleza que el hombre intuye profundamente sacra y con la cual ensaya, instante tras instante, un modo de estrechar lazos que le permitan sentirse en armonía. Y guardan también el testimonio de esa otra mirada hacia adentro, al insondable abismo de su intimidad, en la vorágine de impulsos contrastantes de los que apenas puede adivinar dimensiones y direcciones, y a los que, no obstante, percibe que nadie más que él deberá, no sabe cómo, poner las riendas, si quiere seguir viviendo.

El hombre, asomándose a la luz, va tomando conciencia de la contradicción radical que lo desgarran y a la vez lo configura: su simultánea pertenencia al reino del ser *physikón* y al del ser *metaphysikón*. En el mito, mediante la identificación con los dioses y los héroes, a los que intuye más connaturales a sí a pesar de la distancia que lo separa de ellos, encuentra otros tantos paradigmas que le señalan el camino a seguir o a evitar en el cumplimiento de su tarea: afirmarse como ser espiritual sin negar su naturaleza animal. Esto implica la conciliación, bajo la mirada atenta de esa divinidad a la que Heráclito definía con especial acierto como «lo que nunca se pone», del sentido del límite que debe acatar, de los riesgos que debe enfrentar, de los obstáculos que debe superar, con esa otra realidad suya que lo desborda. Misión, a menudo imposible, en que se le va la vida, y para la cual está armado sólo de la fuerza de su deseo.

En el medio -entre los polos contrarios de la caída al más hondo de los abismos y de la escalada a la más empinada de las alturas-, están los

innumerables eslabones del andar, regido por los imprevisibles designios de fuerzas numinosas, benevolentes u hostiles, encarnadas en las acciones y en las inspiraciones de su genio o *daimon* individual al que él a veces llama «destino». Superar los escollos de la ruta exige esa valentía implícita en la peculiar condición que el nombre que lo define -ἀνήρ, *uir*- le ha otorgado; pero esa valentía ha de vérsela, de manera recurrente, con la cuota de vileza, también ella implícita en la otra peculiar condición de la que el otro nombre -ἄνθρωπος, *homo*-, que también lo define, da cuenta.

Homines sumus non caballi; homines, non dei,
 “Somos hombres, no caballos; hombres no dioses”

sintetiza con feliz expresión Petronio (75). Y le hace eco Quintiliano (10,1,25):

Summi sumus, homines tamen.
 “Somos sublimes, y no obstante somos hombres”

La mirada de los poetas

Los poetas griegos advierten esa polaridad constitutiva presente en el hombre, y sus versos, aún después de tanto tiempo, llegan al corazón. No es fácil elegir los más significativos, porque son tantos. Nos limitaremos a citar algunos entre los más antiguos, y nos detendremos a comentar, cuando venga al caso, las palabras que ellos usaron para destacar sus cualidades distintivas.

La muerte parece ser, en los primeros de ellos, aquello que define al hombre como tal; no por simple casualidad, en efecto, se le llama θνητός, βροτός, *mortalis*; y es inevitable que así sea

Dice Calino:

«La muerte llega sobre el hilo de las Moiras², mas el hombre debe avanzar, empuñando la lanza, el corazón protegido por el escudo, apenas comience la lucha. El destino es ineluctable, *aun cuando pertenezcamos al linaje divino*³; en efecto, después de haber evitado la pugna y el riesgo de las flechas enemigas, el hombre cree encontrar protección en su morada, en cambio es allí justamente donde lo sorprende la cita con la muerte. (...) Cuando un hombre muere gloriosamente, es llorado por todo el pueblo, y vi-

² θάνατος δὲ τὸτ' ἔσσειται ὀππότε κεν δὴ Μοῖραι ἐπικλώσωσ'. Fr.1, vv.8-9.

³ οὐδ' εἰ προγόνων ἢ γένος ἀθανάτων. Fr.1, v.13. La cursiva es nuestra.

viendo deviene un semidios. En la mirada de muchos, es como una torre (...)»⁴.

Y Tirteo:

«Al joven todo le viene bien, en tanto que posee la espléndida flor de la amada juventud, admirable de ver para los hombres, amable para las mujeres, mientras vive, bello cuando cae en las primeras filas»⁵.

Aquí la dimensión espiritual es subsumida en el don de la gloria que ilumina el aspecto humano del sombrío acontecer de una vida anónima en el reino de Hades.

La dependencia de los dioses es otra de las realidades que parece agobiar a los vivientes mientras no la hayan aceptado. Arquíloco tristemente confiesa:

«Todo depende de los dioses: a menudo levantan al que yace sobre la negra tierra, postrado por los males; a menudo lo anonadan, o aplastan a quien se yergue firme sobre sus piernas; luego muchas desventuras acontecen; y el hombre, intentando sobrevivir, anda vagando aquí y allá, falto de juicio»⁶.

Y parece rumiar, en pos del desconsuelo, las fatales consecuencias de esa subordinación que impide levantar cabeza.

Semónides de Amorgo, partiendo de un célebre verso de Homero, continúa su reflexión acentuando la tristeza de la experiencia de la efimeridad de la vida:

«‘Somos como las hojas sobre las ramas’ (...) ¿Mas el corazón, este joven corazón donde más verde habita la esperanza? Ligera entonces es el alma, el horizonte casi infinito, y el cuerpo no sabe de muerte y senectud⁷. Sano es aquél en el cuerpo, mas débil en la mente, si cree en una eterna juventud. ¿Querrás ser necio tú que sabes cuán breve es la vida del hombre? ¡Mira cara a cara tu último día, sé fuerte y aprecia los bienes que están en tu camino!»

⁴ ζώνω σ' ἄξιός ἡμιθέων, ὥσπερ γάρ μιν πύργον ἐν ὀφθαλμοῖσιν ὀρῶσιν... Fr.1, vv.19-20.

⁵ ὄφρ' ἐρατῆς ἠβης ἀγλαὸν ἄνθος ἔχη (...) καλὸς δ' ἐν προμάχοισι πεσών. Fr.7, vv.27-29.

⁶ τοῖς θεοῖς τιθεῖν ἅπαντα (...) καὶ

βίου χρήμη πλανᾶται καὶ νόου παρήγορος. Fr.58.

⁷ πάρεσσι γὰρ ἐλπὶς ἐκάστω, ἀνδρῶν ἢ τε νέων στήθεσιν ἐμφύεται (...) κοῦφον ἔχων θυμὸν πόλλ' ἀτέλεστα νοεῖ. Fr.29, vv.4-7. Sigo la traducción libre, en poesía, de Luciano Erba.

Pesimismo y resignación se conjugan aquí siguiendo la cadencia de los versos; y el alma descansa en su triste sosiego.

Le hace eco Mimnermo:

«Como las hojas que hace germinar la estación florida cuando crece súbitamente a los rayos del sol, así, semejantes a ellas, gozamos nosotros por un breve lapso de las flores de la juventud, sin saber qué bien o qué mal nos advienen por parte de los dioses. Nos esperan las negras Keres, rigiendo una el destino de la horrible vejez, la otra el de la muerte. Dura sólo un instante el fruto de la juventud, como el sol sobre la tierra»⁸.

Alceo subraya la insoslayable condición de esa efimeridad, y para consolarse encuentra en el fruto de la vid, amable don de un dios amigo, una tregua a todos los males:

«¡Bebamos! ¿Por qué esperar las lamparillas? ¡Un dedo es el día!⁹
¡Toma las grandes copas de hermosos colores y escancia el vino que regala el olvido, don del hijo de Zeus y Semele; (...) llénalas hasta el borde, y una siga a la otra al infinito!»

Breve, el veloz desgranarse del tiempo; largo, en el dulce engaño de la embriaguez, el empinarse del alma más allá de la esperanza.

Esopo, agudo observador de la realidad, se pregunta:

«¿Cómo huirte, oh vida, sin la muerte? Penas infinitas tú encierras; ni evitarlas ni aceptarlas es fácil para nosotros¹⁰. Dulces son en ti las cosas que hace bellas la naturaleza: la tierra, el mar, los astros, las esferas del sol y de la luna. Lo demás es temor y tormento. Si en un instante nuestra alma es tocada por un bien, he aquí que un mal ya nos acecha, listo para consumir su venganza».

El corazón se sumerge en la dulce-amarga consideración de lo real, y parece añorar visiones más acordes a sus anhelos.

Feliz contrapunto a esta angustia es la muerte soñada por Safo, como ella gentil y lozana:

⁸ μίνυνθα δὲ γίνεταί ἥβης καρπός, ὄσον τ' ἐπὶ γῆν κίθναται ἥελιος. Fr.2, vv.7-8.

⁹ τί τὰ λύχνη' ὀμμένομεν. δάκτυλος ἡμέρα.

¹⁰ πῶς τις ἀνευ θανάτου σε φύγοι, βίε· μυσία γάρ σευ λυγρὰ, καὶ οὔτε φυγεῖν εὐμαρὲς οὔτε φέρειν. *Antología Palatina* X 123, vv.1-2.

«¡Hermes, largamente te he invocado! En mí hay soledad. ¡Ayúdame, señor, pues la muerte por sí misma no viene! Nada me alegra tanto que pueda consolarme. ¡Quisiera morir, contemplar las riberras de Aqueronte colmadas de nenúfares, frescas de rocío!»¹¹.

Sueño tierno y gentil de un alma femenina que en en todo trance hace gala de una, a veces triste, siempre dulce, amorosa serenidad. La muerte verdadera, la que borra toda huella de la vida, es la de quienes nunca han vivido de veras. Nada puede ella sobre los que han sabido sustraerse a «lo véntrico» y se han colocado en la dimensión de «lo músico». Para los primeros valgan las duras palabras de la poetisa, dirigidas a una rival poco agraciada e ignorante:

«Muerta yacerás, ni memoria alguna de ti habrá en el futuro jamás, pues no tienes parte en las rosas de Pieria. Vagarás, oscura, en la morada de Hades, aleteando a ciegas entre espectros sin luz»¹².

Y es este, de la muerte, el rostro más oscuro.

De rara perspicuidad da muestra Simónides de Ceo, que rechaza las falsas ilusiones exhibiendo un loable apego a la realidad de la condición humana. Sin tapujos declara:

«Difícil es para el hombre llegar a ser perfecto, tetrágono de pies, manos y mente, construido sin defecto¹³. Sólo un dios puede gozar de este don. Ante un mal ineluctable, un hombre no puede no ser malo. Sólo quien tiene suerte podrá no serlo, sobre todo si los dioses lo quieren. Necio, pues, considero malgastar la existencia buscando lo imposible -a alguien que sea óptimo entre los seres que comemos los frutos de la tierra-. Un hombre incensurable (ἄνθρωπον πανάμωνον), si lo llego a encontrar, os lo diré. Es noble, a mis ojos, uno que no hace el mal a sabiendas. Al destino ni los dioses se oponen. Me basta que mi hombre no haga nada vergonzoso, que no sea cobarde (μὴ κακὸς ἢ ... μὴδ' ἄγαν ἀπάλαμνος) y respete la ley de la ciudad; que sea sano de mente (ὕγιης ἀνήρ). No le reprocharé. Infinita es la raza de los necios. Y bello juzgo aquello que no está mezclado con lo vergonzoso»¹⁴.

¹¹ κατάνην δ' ἡμέρος τις ἔχει με καὶ λωτίνοις δροσόντας ὄχθοις ἴδην Ἀχέροντος. Fr.97 vv.6-8.

¹² κατάνοισα δὲ κείση. οὐδ' ἔτι τις μναμοσύνα σέθεν ἔσσειτ' οὐδέποτ' εἰς ὕστερον, οὐ γὰρ πεδέχης βρόδων τῶν ἐκ Πιερίας, ἀλλ' ἀφάνης κἀν' Αἶδα δόμῳ φοιτάσης πεδ' ἀμαύρων νεκύων

ἐκπεποταμένα. Fr.58

¹³ ἄνδρ' ἀγαθὸν μὲν ἀλαθέως γενέσθαι χαλεπὸν χερσίν καὶ ποσὶ καὶ νόῳ. ἄνευ ψόγου τετυγμένον. Fr.4

¹⁴ *Ibidem*: τῶν γὰρ ἡλιθίων ἀπείρων γενέθλα. Πάντα τοι καλὰ, τοῖσιν αἰσχρὰ μὴ μέμικται.

En él, la certeza de esa precariedad no excluye otra certeza que hace bella y santa la vida del hombre, la de la virtud que «respira eterna» dignificando su endeble condición; y la de la gloria que edifica para él, santuario intangible y sublime, un cosmos que nunca perece¹⁵.

Píndaro, el poeta de los de audaces vuelos, incapaz de aceptar la mediocridad, fija en sus célebres epinicios la mirada sobre los linajes heroicos, y encuentra palabras aladas para ensalzar las hazañas que trasladan a sus favoritos del plano humano al divino:

«Un gran riesgo no hechiza a un corazón cobarde. Si debemos morir, ¿por qué esperar en vano la torpe senectud, envueltos en tiniebla, privados para siempre de la inconmensurable belleza¹⁶? Yo enfrentaré la prueba. ¡Tú, oh dios, dame la gloria!»

Ésta es la súplica que pone en boca de Pélope, el mítico hijo de Tántalo, en la *Olímpica* I. Más adelante, en la misma oda, celebrando al vencedor del torneo, el poeta encuentra sus palabras más bellas para ensalzar esa gloria que, sola, hace la vida digna de ser vivida:

«Por doquiera resplandece su gloria en los agones olímpicos, allí donde compiten atletas de pies veloces y flor de gallardía. (...) Después, el vencedor, durante la vida entera, saboreará la miel exquisita de la vida y la dulce serenidad»¹⁷.

Es esta felicidad, que día tras día se renueva, el bien supremo de los mortales. Al final de la oda, junto con la del atleta triunfador, el poeta, consciente de su grandeza, se ufana en celebrar su propia gloria, premio de su *areté*:

«Y yo lo coronaré con un himno ecuestre, entonado sobre una escala eólica. ¿Quién cantará, con las nobles volutas de los himnos, a un huésped más experto en lo bello (καλῶν τε ἴδριν), y con las sienes ceñidas de la lumbre que engalana a los reyes?». «Un dios te es propicio (ἐπίτροπος) y vela por ti, Jerón, asumiendo el cuidado de tus pensamientos. Si ya no te abandona, de ti quiero cantar sobre el carro veloz aún más dulce victoria. Encontraré inspirado, la ruta de los himnos, subiendo sobre el Kronion flameante

¹⁵ ἀρετᾶς μέγαν λελοιπῶς κόσμον
ἀέναόν τε κλέος. Fr.1

¹⁶ ὁ μέγας δὲ κίνδυνος ἀναλκιν οὐ
φῶτα λαμβάνει. θανεῖν δ' οἷσιν ἀνάγκα.
τά κέ τις ἀνώνυμον γῆρας ἐν σκότῳ
καθήμενος ἔψοι μάταν. ἀπάντων

καλῶν ἄμμορος. *O.I* vv.81-86.

¹⁷ τὸ δὲ κλέος τηλόθεν δέδορκε τῶν
Ὀλυμπιάδων ἐν δρόμοις Πέλοπος, (...) ὁ νικῶν δὲ λοιπὸν ἀμφὶ βίοντιον ἔχει
μελιτόεσσαν εὐδίαν. *Ibidem*, vv.97-98.

de luz; para mí nutre la Musa una flecha impetuosa con gran fuerza»¹⁸.

Escuchando en su conjunto las voces de estos poetas que podríamos inscribir en el marco de la religiosidad olímpica, nos es fácil destacar aquellas cosas que, a su juicio, constituyen para los hombres la coronación de sus anhelos: la luz, φάος; la juventud, ἦβη; la belleza, κάλλος; la felicidad, εὐδαιμονία; la excelencia, ἀρετή; el recuerdo, μνήμη; la gloria, κλέος. Todas ellas son de corta duración o son muy difíciles de alcanzar. En el polo opuesto, y siempre a su lado, compañeras indeseadas, están las tinieblas, σκότος; la fragilidad y la miseria de la vida, τὸ δεινόν; la tristeza y la pena infinita, πῆματα; la vejez, γῆρας; el olvido, λήθη; la muerte, θάνατος.

Si los hombres no tuvieran conciencia de esa dimensión espiritual que es parte esencial de su ser, vivirían sin pena ni gloria, y nada le desgarraría el alma. Sumergidos en «lo vétrico», no desearían sino aquello que bastara a colmar sus necesidades; y ninguna de las otras cosas les afectaría. Pero no es así. En la plenitud de la satisfacción material, y a pesar de ella, se asoma a su alma algo amargo, aparentemente sin razón. Y esa plenitud se trueca en un vacío sin límites. Si bien oscuramente, ellos parecen haber advertido esa carencia; por eso los más sensibles intentan hallar otros caminos para alcanzar la felicidad.

El hombre espiritual

La felicidad, entonces, conforme al sentir de los antiguos helenos, pertenece a la esfera de lo espiritual, y sólo puede gozar de ella quien tiene un δαίμων propicio. Los misterios, pertenecientes a la religiosidad agraria que había precedido la olímpica y nunca había muerto del todo, parecen ser el portal a través del cual se hace posible el acceso a esa otra dimensión que, sin borrar los elementos negativos inevitablemente presentes en la vida de los hombres, les permite atisbar los positivos, y sentirlos cargados de tal intensidad que se les hace posible equilibrar los platos de la balanza.

De aquí el sabio consejo que Eurípides dirige al hombre:

«¡Vive santamente y honra a la divinidad! Bienaventurado quien, conociendo los divinos misterios, trascurre una vida piadosa y es feliz»¹⁹.

¹⁸ ἐμοὶ μὲν ὦν Μοῖσα καρτερώτατον βέλος ἀλκᾶ τρέφει *Ibidem*, vv.111-112.

¹⁹ μάκαρ, ὅστις εὐδαιμών τελετὰς θεῶν εἰδὼς βιοτὰν ἀγιστεύει. *Bacantes* vv. 72-74.

El poeta anónimo del *Himno Homérico a Deméter*, como siguiendo el hilo de la meditación, comenta:

«Quien no ha tenido esta suerte, nunca tendrá igual destino, sino que será consumido bajo la tiniebla enmohecida del mundo de abajo»²⁰.

En verdad, al hombre profano le está vedado ser feliz. Su incapacidad de conocer lo que le acontecerá en los días venideros, y el desasosiego que esto le produce, quedan consignados en las palabras de Epiménides²¹:

«¡Cuán ciego es el hombre frente al futuro!»

Existen, sin embargo, seres humanos excepcionales cuyos rasgos, absolutamente fuera de lo común, parecen poner en jaque el pesimismo de los poetas arcaicos. Podríamos llamarlos hiperbóreos, con un nombre tan querido por el dios Apolo que, según los relatos míticos, a menudo se alejaba de las moradas olímpicas para estar en su compañía.

Son un historiador, Heródoto, y un legislador, Licurgo, quienes nos presentan el ejemplo más extraordinario. Se trata de Ábaris, el hombre hiperbóreo más famoso, del que dicen que, después de haber aprehendido de Apolo los oráculos, poseído por el mismo dios, había viajado a través de toda la Hélade llevando una flecha y sin ingerir alimento alguno²², o montado sobre ella y emitiendo vaticinios²³.

No menos extraordinario es el caso concerniente a otro hiperbóreo ilustre, cierto Aristeia, que había sido visto por sus conciudadanos simultáneamente en distintos lugares, y del que se decía que el alma, abandonado el cuerpo, vagaba en el éter como un pájaro, y volando hacia lo alto atravesaba la tierra, pudiendo salir y volver atrás cuando quisiera²⁴.

Sin ser iniciados en los misterios, los hiperbóreos gozan de una felicidad que les es negada a los hombres comunes. Podríamos ubicarlos en la cima más alta de la religiosidad olímpica, pues «lo vétrico» no los toca. Se mueven en la esfera de «lo músico», aunque no de lo espiritual propiamente tal. Se deleitan con lo que es bello, y su vida se agota en rituales aún ligados a ciertas expresiones del regocijo de los sentidos: cantos, juegos,

²⁰ φθίμενός περ ὑπὸ ζόφῳι εὐρώεντι
vv.481-482.

²¹ Citadas por PLUTARCO en *Solón* 35-36:
ὡς τυφλόν ἐστι τοῦ μέλλοντος
ἄνθρωπος.

²² HERÓDOTO, 4, 36: τὸν οἰστὸν περιέφερε
κατὰ πᾶσαν γῆν (...) οὐδὲν σιτεόμενος.

²³ LICURGO, Fr.5a: χρησμοῦ τινὰς ἔλεγε

καὶ μαντείας (...) σύμβολον ἔχων τὸ
βέλος τοῦ Ἀπόλλωνος, περιήει ἐν τῇ
Ἑλλάδι μαντευόμενος.

²⁴ MÁXIMO DE TIRO, 10, 2e; 38, 3d: ἐκδύσατο
τοῦ σώματος ἐπλάνατο ἐν τῷ αἰθέρι,
ὄρνιθος δίκην (...) ἀναπτάσαν εὐθὺ τοῦ
αἰθέρος, περιπολήσαι τὴν γῆν... ἐξιέναι
καὶ ἐπαντιέναι πάλιν.

danzas, sacrificios y banquetes, todo en el marco de ese verdadero Paraíso terrenal en que habitan.

La más pura imagen de hombre concebida por los griegos del período arcaico no es, sin embargo, la hiperbórea, y esto se debe a las razones que hemos señalado. Para encontrarla debemos acercarnos a las primeras manifestaciones propiamente místicas. Allí nos sorprenderá, por su espiritualidad aún toda empapada de poesía, la imagen órfica. Para captarla en toda su esplendor intentaremos darle forma a partir de algunos de los antiguos textos en los cuales nos parece verla aflorar con más fuerza.

Se trata de una imagen apolínea porque, al decir de Píndaro²⁵, Orfeo, el de la lira de oro (χρυσόορα), «viene de Apolo»; y pertenece a Simónides de Ceo, que nos muestra a este singular personaje por mitad mítico y por mitad histórico, ensimismado en su bello canto, con en su derredor, subyugados por la magia de su voz, aquellos que Marcel Detienne llama «los animales del silencio»²⁶.

«Innumerables aves se libran en vuelo sobre su cabeza, y los peces embelesados por su bello canto se asoman, erguidos, sobre el agua azul»²⁷.

Extasiadas lo siguen las rocas, los árboles y las bestias de los bosques. Los humanos que se dejan llevar por su hechizo, si pudieron durante la vida terrenal apartar completamente de su alma las cosas injustas, entonces

«gozando de la luz del sol, en noches siempre iguales e iguales días, felices reciben una vida exenta de penas (...) y un tiempo sempiterno sin lágrimas (...) allá donde las brisas oceánicas soplan alrededor de la isla de los bienaventurados»²⁸.

Lo más espiritual de las doctrinas atribuidas a Orfeo se encuentra en las famosas laminillas órficas que nos hablan de pureza y resplandor, de reverente respeto y de apertura a lo divino, y aluden a un linaje uranio como el que le pertenece al hombre de suyo. Gracias a ellas conocemos el diálogo que los iniciados creen que el alma sostendrá con los dioses del más allá, a su llegada a la morada de Hades. Escuchemos algunos de esos parlamentos:

«¿Quién eres? ¿Cómo eres?», le preguntan los dioses infernales; y ella responde: «Soy hija de Tierra y de Cielo estrellado, mi estirpe es celeste»²⁹.

²⁵ Fr.139 y *Pítica* 4,176.

²⁶ *La scrittura di Orfeo*. Laterza & Figli Spa. Roma-Bari 1990, p.106.

²⁷ Fr.384: τοῦ καὶ ἀπειρέσιοι πωτῶντ' ὄρνιθες ὑπὲρ κεφαλᾶς, ἀνὰ δ' ἰχθύες ὀρθοὶ κυανέου ἐξ ὕδατος ἄλλοντο

καλλᾶ σὺν ἀοιδᾶ.

²⁸ PÍNDARO, *O.II*, vv.56-72.

²⁹ τίς δ' εἰσί, πῶδ' εἰσί; Γᾶς υἱός εἰμι καὶ Οὐρανοῦ ἀστερόεντος, αὐτὰρ ἐμοὶ γένος οὐράνιον. Laminilla encontrada en Tesalia.

«Mi nombre es Estrella»³⁰. «Espléndida, (ἀγλαά), heme aquí; yo poseo este don de Mnemosyne celebrado entre los hombres en el canto»³¹.

«Vengo de los puros, pura; (...) porque me glorio de pertenecer a vuestra estirpe feliz (...); volé lejos del círculo que procura pena y grave dolor, y subí para alcanzar con mis pies veloces la anhelada corona; después me sumergí en el regazo de la Señora, reina de la Ultratumba».

«¡Feliz y muy bienaventurada! -es la consoladora respuesta-, serás dios en lugar de mortal»³².

El secreto de la felicidad es para los órficos su creencia en un dios que, como dice el discurso sacro (ἱερὸς λόγος),

«tiene el principio, el final y el medio de todas las cosas, y alcanza derechamente su meta atravesándolo todo conforme a su naturaleza»³³.

El hombre órfico tiene mucha semejanza con el apolíneo, a quien lo enlazan principios comunes y un análogo anhelo de lo divino. En el apolíneo este anhelo se traduce en la incondicional apertura al dios que, en ocasiones, se asienta en él como en su morada y le comunica, a través de la adivinación, sus propios deseos. Se transforma él, entonces, en una suerte de vasija colmada del dios mismo, como Calcante, el mejor entre los adivinos, «quien conocía lo que es, lo que será y lo que antes fue»³⁴.

Aún más fuerte aparece la vinculación con lo divino en el hombre eleusinio, al cual una y otra vez se aplica el término ὄλβιος, bienaventurado, fundándose tal estado de felicidad en la contemplación de los sagrados misterios³⁵, que le asegura el conocimiento pleno del fin y del principio de la vida.

Píndaro y Sófocles lo ratifican:

«Bienaventurados todos, por la suerte de las iniciaciones que desatan las penas», dice el primero; «en el noveno año de nuevo

³⁰ Ἀστέριος ὄνομα. Laminilla encontrada en Farsalia.

³¹ Laminilla encontrada en Roma

³² ἔρχομαι ἐκ καθαρῶν καθαρά. (...) ἐγὼν ὡμῶν γένος ὄλβιον εὐχόμεαι εἶμεν. (...) ἡμερτοῦ δ' ἀπέβαν στεφάνου ποσὶ καρπαλίμοισι. (...) Δεσποίνας δὲ ὑπὸ κόλπον ἔδυν χθονίας βασιλείας. (...) ὄλβιε καὶ μακαριστέ, θεὸς δ' ἔσσι ἀντὶ

βροτοῖο. Laminilla encontrada en Turi, I.

³³ ἀρχὴν τε καὶ τελευτὴν καὶ μέσα τῶν ὄντων ἀπάντων ἔχων, εὐθείαι περαίνει κατὰ φύσιν περιπορευόμενος. ΠΛΑΤΩΝ, *Leyes* 715e-716a.

³⁴ *Ilíada* 1, 70: ὃς ἤδη τὰ τ' ἐόντα τὰ τ' ἐσσόμενα πρό τ' ἐόντα.

³⁵ ὄλβιος ὃς τὰ δ' ὄπωπεν, *Himno a Deméter*, 480.

Perséfone devolverá sus almas en alto, en el resplandor del sol», «Bienaventurado quien desciende bajo tierra después de haber contemplado estas cosas»³⁶; y el otro le hace eco afirmando: «Tres veces felices aquellos entre los mortales que llegan al Hades después de haber contemplado estos misterios»³⁷.

En esta veloz reseña, no podemos descuidar al hombre pitagórico, que posee características propias muy peculiares y se ubica entre lo misterioso y lo filosófico. Nada conservamos de Pitágoras, pero muchos de sus discípulos se destacaron al igual que él por su sabiduría y fina intuición, y de ellos sí tenemos escritos.

Botón de muestra es esta reflexión tomada de los célebres *Versos Áureos*, que conjuga pesimismo y esperanza:

«Tal es el destino que obstruye la mente de los hombres: semejantes a cilindros se enrollan, los humanos, afligidos por males infinitos (...) ¡Oh padre Zeus, tú podrías por cierto librarnos de ellos, si mostraras a todos de cuál δαίμων a cada uno le es dado disponer! Mas tú, hombre, ten confianza, porque *divina es la estirpe mortal*, y a ella ha concedido Natura aquello que le permite penetrar sus misterios. Si lo has aprendido,(...) y tus actos respetan la Justicia de manera que en ti reine lo bello y te guíe la razón, y si, dejado el cuerpo, te empinas hacia el éter celeste, serás no ya mortal sino, al igual que los dioses, incorruptible e imprecadero»³⁸.

De Hipón de Metaponto conservamos esta bella reflexión sobre la parte espiritual del hombre:

«Cosa muy distinta del cuerpo es el alma, que es llena de vigor aun cuando el cuerpo está entorpecido, y ve cuando es ciego, y vive cuando está muerto»³⁹.

³⁶ ὄλβιοι δ' ἅπαντες αἴσαι λυσιπόνων τελετῶν. Fr. 131. ἀεὶς τὸν ὑπερθεὶν ἄλιον κείνων ἐνάτωι ἔτει ἀνδιδοῖ ψυχᾶς πάλιν. Fr.133. ὄλβιος ὅστις ἰδὼν κείν' εἶς' ὑπὸ χθῶν. Fr.137.

³⁷ ὡς τρισὸλβιοι κείνοι βροτῶν, οἱ ταῦτα δερχθέντες τέλη μὸλῳ' ἐς Αἴδου. Fr. 837.

³⁸ Κρυσᾶ Ἐπη νν.57-71: τοίη Μοῖρα βροτῶν βλάπτει φρένας, οἱ δὲ κυλίνδροι ἄλλοτ' ἐπ' ἄλλα φέρονται ἀπίρονα πῆματ' ἔχοντες.(...) Ζεῦ πάτερ, ἢ πολλῶν γε κακῶν λύσειας ἅπαντας, εἰ πᾶσιν δείξαις, οἷω τῷ δαίμονι χρώνται. ἀλλὰ

σὺ θάρσει, ἐπεὶ θεῖον γένος ἐστὶ βροτοῖσιν, οἷς ἱερὰ προφέρουσα φύσις δείκνυσιν ἕκαστα ὧν εἶ σοί τι μέτεστι (...) καὶ φράζου ἕκαστα ἠνίοχον γνώμην στησας καθύπερθε ἀρίστην. ἦν δ' ἀπολείψας σῶμα ἐς αἰθέρ' ἐλεύθερον ἔλθης, ἔσσειαι ἀθάνατος θεός ἄμβροτος, οὐκέτι θνητός.

³⁹ *I Presocratici: Testimonianze e frammenti*, I, 480 citado por CLAUDIANO MAMERTO, *De statu animae* 7 p.121, 14: *longe aliud anima, aliud corpus est, quae corpore et torpente viget et caeco videt et mortuo vivit.*

A Filolao pertenece la emblemática definición del cuerpo como «sepulcro del alma»:

«nuestra vida presente es vida de muertos y nuestro cuerpo una tumba (σῶμα σῆμα): aquella parte del alma en la cual están los deseos se deja fácilmente persuadir y perturbar por ellos y cae de las alturas hacia abajo»⁴⁰.

El alma sensitiva es insaciable; por eso el filósofo la llama 'odre' (πίθος), y llama 'odre con agujeros' (τετραημένον πίθον) a la de los necios, que, siendo ciega y olvidadiza, nada retiene dentro de sí. El alma intelectual, en cambio, «está unida al cuerpo por el número y la armonía, es incorpórea e inmortal», siendo el número «el vínculo poderoso que mantiene perfectamente unidas las cosas del universo»; después que la muerte la separa del cuerpo, ella vive en el mundo una vida incorpórea⁴¹.

Eurito, pitagórico él también, va más allá y elige, para definir al hombre, un número particular, el 250. Para demostrar la veracidad de su aserción,

«tomó doscientas cincuenta piedrecillas de todos los colores y luego, habiendo blanqueado con cal viva una muralla y habiendo dibujado en ella la figura de un hombre, pegó algunas piedritas en las líneas del rostro, otras en las de las manos, otras en las de las otras partes del cuerpo, y completó la figura que había retratado con un número de piedritas igual al de las unidades que, según decía, definían al hombre»⁴².

Otro discípulo de Pitágoras, Arquita de Tarento, tiene una visión del hombre extremadamente pesimista. Suya es esta reflexión sobre el peligro que significa el abandonarse a una vida desordenada y corrupta:

«Todos los seres vivos están destinados a una misma noche y a la vía de la muerte, que sólo se puede recorrer una vez. Ningún don ha sido concedido a ellos, por la naturaleza o por un dios, que valga más que la mente, y nada daña a este don divino más que el placer»⁴³.

⁴⁰ *Ibidem*, p.471. Citado por Platón: *Gorgias* 493A: ὡς νῦν ἡμεῖς τέθναμεν καὶ τὸ μὲν σῶμά ἐστιν ἡμῖν σῆμα. τῆς δὲ ψυχῆς τοῦτο ἐν ᾧ αἱ ἐπιθυμίαι εἰσὶ τυγχάνει ὄν οἶον ἀναπέθεσθαι καὶ μεταπίπτειν ἄνω κάτω.

⁴¹ *Ibidem*, p.475. Citado por CLAUDIANO MAMERTO, II 7 p.120,12 y SIRIANO, 10,22: *anima inditur corpori per numerum et*

immortalem eandemque incorporalem convenientiam.

⁴² *Ibidem*, p.477, citado por ALEJANDRO DE AFRODISIA, *Metaphisica* 827, 9.

⁴³ *Ibidem*, p.483, citado por CICERÓN, *Cato mayor* 12, 39ss.: *cumque homini sive natura sive quis deus nihil mente praestabilius dedisset, huic divino muneri ac dono nihil tam esse inimicum quam voluptatem.*

Vemos que en el ámbito místico se perfilan las condiciones que consienten al hombre, previa una purificación ardientemente deseada, el acceso a las más altas esferas a que lo tienen destinado su linaje divino, θεῖον γένος, y su naturaleza sagrada, ἱερὰ φύσις. El vivir santamente, ἅγιο τεύειν; la capacidad de asombro, θαυμάζειν; la confianza, πίστις; la capacidad de trocar la caída en vuelo, καταβαίνειν-ἀναπέτεσθαι; la apertura a la contemplación (δέρκεσθαι) de lo que es bello y bueno; el deseo de empinarse hacia lo alto en plena libertad, ἐς αἰθέρα ἐλεύθερον ἐλθεῖν; el anhelo de lo que es puro y esplendente, καθαρὸν καὶ ἀγλαόν; la disposición a abandonar la tumba del cuerpo, σῶμα ἀπολείπειν, y a entregarse a la sabia guía de la razón, γνώμη ἡνίοχος; el ansia de ser partícipe (μετεῖναι) de lo que es inmortal y divino, ἀθάνατον καὶ θεῖον, y de dedicarse a los cuidados del alma para hacerla vigorosa, omnividente y siempreviviente; todo esto hará posible el derrumbe de las barreras y la plena entrega a los goces celestiales.

Ahora bien, si parece natural que los pensadores pertenecientes a estas primeras escuelas entre filosóficas y religiosas tiendan a compartir la concepción de un hombre religado y austero, lo es menos el hecho de que, entrando en el ámbito de la filosofía propiamente tal, se siga la misma línea. En efecto, como veremos, los así llamados *physiólogoi*, y los otros que les siguen, a pesar de su espíritu crítico y su deseo de distanciarse del pensamiento mítico, intrínsecamente religioso, tienen un modo de pensar lo humano no muy lejano del que hasta ahora hemos observado.

La mirada de los pensadores

Empecemos por interrogar a Tales, hombre de ciencia considerado en su tiempo el más sabio de los sabios, para conocer su pensamiento acerca de la condición humana y la divina. Se le atribuyen definiciones muy acertadas. Entre ellas mencionaremos algunas:

«Hombre feliz es quien es sano en el cuerpo, lleno de recursos en el alma y, en su naturaleza, susceptible de ser convenientemente educado»⁴⁴.

«El alma es algo apto para poner en movimiento el cuerpo así como el imán pone en movimiento el fierro»⁴⁵,

«Todo está lleno de dioses»⁴⁶

⁴⁴ *Ibidem*, p.94: ὁ τὸ σῶμα ὑγιής, τὴν δὲ ψυχὴν εὐπόρος, τὴν δὲ φύσιν εὐπαιδευτός. Citado por DIÓGENES LAERCIO, I, 37.

⁴⁵ *Ibidem*, p.94: κινετικόν τι τὴν ψυχὴν ὑπολαβεῖν. εἶπερ τὴν λίθον ἔφη ψυχὴν

ἔξειν, ὅτι τὸν σίδηρον κινεῖ. Citado por ARISTÓTELES, *De anima* A2 405 a19-21.

⁴⁶ *Ibidem*, p.94. Citado por ARISTÓTELES, *op.cit.* a 411a 8; y por PLATÓN, *Leyes* X 899 B: πάντα πλήρη θεῶν.

«El dios es la mente del mundo y, a partir del agua, da vida a todas las cosas»⁴⁷.

Vemos que su interés por los descubrimientos científicos no le impide tener de la vida y del hombre una visión esencialmente religiosa.

Anaxímenes, filósofo un poco más joven, sigue apegado a la idea que el principio de todo, ἀρχή, es un elemento físico, mas sustituye al agua el aire, más leve y etéreo. No deja además de señalar la correlación «alma-cuerpo *versus* aire-mundo».

«Como nuestra alma, que es aire -dice-, nos mantiene juntos, así el soplo y el aire abrazan todo el mundo»⁴⁸. «El principio es, pues, aire e infinito»⁴⁹.

Más sagaz, Anaximandro, dejando de lado todo principio físico, cree que la ἀρχή absoluta es el ἄπειρον, lo ilimitado, cuya naturaleza es eterna y no envejece⁵⁰. En su único sibilino fragmento presenta una visión admirablemente armoniosa del cosmos, en que cada ser tiene con sus semejantes una relación inspirada en las rígidas normas de una suerte de justicia cósmica. Por ello, de donde les viene el origen, de allí mismo les viene a los seres fatalmente la destrucción⁵¹. No es aquí el caso de introducimos en el laberinto de interpretaciones que el fragmento ha suscitado. Bástenos destacar el enorme avance que representa, en la historia del conocimiento, su concepción de lo divino como inmortal e indestructible (αἰδίδιον καὶ ἀγήρω)⁵², inmejorable paradigma de lo humano.

Acerca de los hombres, Anaximandro expone una extraña teoría, según la cual ellos habrían nacido de animales de otras especies⁵³, en particular, de los peces, o dentro de ellos⁵⁴, ubicándose así entre los evolucionistas más antiguos.

⁴⁷ *Ibidem*, p.94. Citado por CICERÓN, *De natura deorum* I 10, 25: *deum autem eam mentem, quae ex aqua cuncta fingeret.*

⁴⁸ *Ibidem*, p. 114. Citado por AECIO, I, 3, 4: οἶον ἢ ψυχὴ ἡμετέρα ἀήρ σύσα συκρατεῖ ἡμᾶς. καὶ ὅλον τὸν κόσμον πνεῦμα καὶ ἀήρ περιέχει.

⁴⁹ *Ibidem*, p 108. Citado por DIÓGENES LAERCIO, 2, 3: οὗτος ἀρχὴν ἀέρα εἶπε καὶ τὸ ἄπειρον.

⁵⁰ *Ibidem*, p.99. Citado por HIPÓLITO, *Refutatio contra omnes haereses*, I 6, 1: ἀρχὴν ἔφη τῶν ὄντων φύσιν τινὰ τοῦ

ἀπίρου (...) ταύτην δὲ αἰδίδιον εἶναι καὶ ἀγήρω.

⁵¹ SIMPLICIO, *Physica* 24.13: ἀρχὴν (...) τῶν ὄντων τὸ ἄπειρον.

⁵² *Ibidem*, p.101. citado por ARISTÓTELES, *Physica* G.4. 203b 3ss.

⁵³ *Ibidem*, p.99, citado por PSEUDO-PLUTARCO, *Stromata* 2: κατ' ἀρχὰς ἐξ ἄλλοειδῶν ζώων ὁ ἄνθρωπος ἐγεννήθη.

⁵⁴ *Ibidem*, p.106. Citado por CENSORINO, *De natura deorum* 4,7: *in his homines concrevisse.*

Pesimista y desconfiado respecto de lo contingente pero del todo abierto a lo eterno, ἀέναον, Heráclito concibe el alma como colmada de purísimo fuego intelectual⁵⁵, depositaria de un *logos* cuyos límites es imposible vislumbrar⁵⁶, y que se acrecienta a sí mismo indefinidamente⁵⁷. Su dios es, de algún modo, todas las cosas⁵⁸ y reúne los rasgos esenciales de unidad, totalidad⁵⁹, sabiduría absoluta, siendo, a la vez, del todo engastado en lo humano y del todo separado de él⁶⁰. Mortales e inmortales confunden sus prerrogativas⁶¹ remitiéndose, unos y otros, a un plano más alto, en el que se derrumban las barreras y triunfa el uno que es todo y el todo que es uno. Cuando tiene que dar su opinión sobre los hombres, el efesio manifiesta un enorme escepticismo: muchos son los malos, pocos los buenos⁶²; pero aunque esos pocos se reduzcan sólo a uno, no le importa: ese uno para él es igual a diez mil, si es óptimo⁶³, pues sabiamente privilegia la calidad sobre la cantidad.

Al igual que Heráclito, Parménides parece no tener una buena opinión de la mayoría de los hombres:

«Mortales que nada saben van errando, gente de doble cabeza; porque es la incapacidad que en su pecho gobierna la mente errabunda; y ellos son arrastrados, a la vez sordos y ciegos, atontados»⁶⁴; «ojos que no ven, oídos que retumban»⁶⁵.

Sabe que luz y noche se alternan en ellos, cualitativamente iguales⁶⁶ mas en proporciones siempre distintas, y hacen que se iluminen o opaquen en su interior conforme a la medida de esas proporciones.

«Cual es la mezcla que cada uno tiene de luz y noche en los órganos muy errantes, tal es el pensar en los hombres, porque siempre es lo mismo lo que en ellos piensa; la estructura de los órganos, en todos y cada uno; lo más, en efecto, es pensamiento»⁶⁷.

⁵⁵ Fr.118 DK: ἀύνη ξηρή· ψυχῆ σφωτάτη καὶ ἀρίστη.

⁵⁶ Fr. 45 DK: ψυχῆς πείρατα ἰὼν οὐκ ἂν ἐξεύροιο (...) οὕτω βαθὺν λόγον ἔχει

⁵⁷ Fr.115 DK: ψυχῆς ἐστὶ λόγος ἑαυτὸν αὐξων

⁵⁸ Fr. 67 DK: ὁ θεὸς ἡμέρη εὐφρόνη, χειμῶν θέρος, πόλεμος εἰρήνη, κόρος λιμός ...

⁵⁹ Fr.50 DK: ἐν πάντα.

⁶⁰ Fr.108 DK: πάντων κχωρισμένον.

⁶¹ Fr.62 DK: ἀθάνατοι θνητοί, θνητοὶ ἀθάνατοι.

⁶² Fr.104 DK: οἱ πολλοὶ κακοί, ὀλίγοι

δὲ ἀγαθοί.

⁶³ Fr. 49 DK: εἰς ἐμοὶ μύριοι ἐὰν ἄριστος ἦ.

⁶⁴ Fr.6 vv.4-7: βροτοὶ εἰδότες οὐδὲν πλάττονται, δίκρανοι, ἀμηχανίη γὰρ ἐν αὐτῶν στήθεσιν ἰθύνει πλακτὸν νόον. οἱ δὲ φοροῦνται κωφοὶ ὁμῶς τυφλοὶ τε, τεθηπότες, ἄκριτα φύλα.

⁶⁵ Fr.7: ἄσκοπον ὄμμα καὶ ἠχῆεσσαν ἀκουήν.

⁶⁶ Fr.9: πᾶν πλέον ἐστὶν ὁμοῦ φάεος καὶ νυκτὸς ἀφάντου ἴσων ἀμφοτέρων.

⁶⁷ Fr.16. En ARISTÓTELES, *Metaphysica* G 5.1009b 21: τὸ γὰρ πλέον ἐστὶ νόημα.

También aquí, por encima de lo físico se yergue lo suprafísico, que parece apartar de sí la oscuridad de la noche y concentrar dentro de sí todo el brillo de la luz.

Empédocles, como ya Píndaro, denomina a los hombres «seres de la vida de un día», los llama «infantes» (νήπιοι), y considera natural el hecho de que puedan ver, oír y abarcar con la mente solamente aquello hasta lo cual logran empinarse. De aquí sus melancólicas acotaciones:

«Hasta que los hombres viven la que ellos llaman vida, hasta entonces existen y les es dado el bien y el mal que les atañe, pero antes de que sean hechos hombres y después que son disueltos, nada son»⁶⁸.

Su única esperanza ha de ser puesta en los inmortales que aúnan en sí todos los bienes.

«Feliz el que haya adquirido aquella riqueza que está en el alma de los dioses; infeliz, en cambio, aquel al cual le complace tener de los dioses una oscura opinión»⁶⁹.

Ellos lamentablemente son inalcanzables:

«No está en nuestro poder acercarnos a la divinidad de manera que llegue a nuestros ojos, o que podamos aferrarla con nuestras manos»⁷⁰.

Es menester, pues, ser humildes y reconocer nuestra incapacidad.

«Débiles poderes están esparcidos por los miembros de los hombres, y muchos males inesperados embotan sus pensamientos. Atisbando apenas una mísera parte de su vida de breve destino, elevándose como humo, se dispersan, sólo creyendo en eso en lo cual cada uno tropieza. Impelidos por todo, se ufanan de poder descubrir todas las cosas»⁷¹.

⁶⁸ Fr. 15, en PLUTARCO, *Moralia adversus Coloten* 12 p.1113D: ὡς ὄφρα μὲν τε βιώσι, τὸ δὴ βίον καλέουσι, τόφρα μὲν οὖν εἰσίν, καὶ σφιν πάρα δειλὰ καὶ ἐσθλά, πρὶν δὲ πάγην τε βροτοὶ καὶ ἐπεὶ λύθεν, οὐδὲν ἄρ' εἰσίν.

⁶⁹ *Purificationes*, fr.132: ὀλβιος, ὃς θείων πραπίδων ἐκτίσατο πλοῦτον, δειλὸς δ' ὡς σκοτόεσσα θεῶν περὶ δόξα μέμηλεν.

⁷⁰ *Ibidem*, fr.133: οὐκ ἔστιν πελάσασθαι ἐν ὀφθαλμοῖσιν ἐφικτὸν

ἡμετέροις ἢ χερσὶ λαβεῖν.

⁷¹ Fr.2 MARCOS y MARCOS; en SEXTO EMPÍRICO, *Adversus mathematicos* VII 122-4: στεινωποὶ μὲν γὰρ παλάμαι κατὰ γυῖα κέχυνται, πολλὰ δὲ δειλ' ἔμπαια, τὰ τ' ἀμβλύνουσι μέριμνας. παῦρον δ' ἐν ζωῆσι βίου μέρος ἀθρήσαντες ὠκύμοροι καπνοῖο δίκην ἀρθέντες ἀπέπταν αὐτὸ μόνον πεισθέντες, ὅτι προσέκυρσεν ἕκαστος πάντοσ' ἑλαυνόμενοι, τὸ δ' ὅλον πᾶς εὐχεταὶ εὐρεῖν.

La arrogancia es un defecto detestable. Empédocles no deja de denunciar lo absurdo de la desmesura humana, del todo infundada.

Epicarmo, agudo pensador y comediógrafo siracusano, se pregunta, como nosotros ahora nos preguntamos:

«¿Cuál es finalmente esta naturaleza de los hombres?»⁷²

Y se responde:

«¡Míralos! Uno crece, el otro se consume. Y todos cambian incesantemente»⁷³. «No son sino odres inflados»⁷⁴. «La mente ve, la mente oye. Lo demás es sordo y ciego»⁷⁵.

Esto lo lleva a intentar dimensionar los anhelos humanos, cuando son desmesurados, y a sentenciar:

«Cosas mortales, no cosas inmortales el hombre debe pensar»⁷⁶.

Su pesimismo, no obstante, es atenuado por la firme convicción de la superioridad de lo espiritual sobre lo material:

«Si eres piadoso -dice-, ningún mal te traerá la muerte, porque tu espíritu permanecerá alto en el cielo»⁷⁷. «Si tienes la mente pura, tienes puro todo el cuerpo»⁷⁸.

Muy elevado es su concepto de lo divino, como lo atestigua este hermoso fragmento:

«Nada pasa desapercibido a la divinidad... Dios nos vigila, y lo puede todo»⁷⁹.

⁷² CLEMENTE DE ALEJANDRÍA: *Stromata* IV 45: ἄ γα φύσις ἀνδρῶν τί ὤν;

⁷³ Fr. 152 OLIVIERI ὁ μὲν γὰρ αὖξεθ', ὁ δὲ γα μᾶν φθίνει, ἐν μεταλλαγᾷ δὲ πάντες ἐντί πάντα τὸν χρόνον. Citado por DIÓGENES LAERCIO, III 9 s.

⁷⁴ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata* IV 45: ἄσχοι πεφυσιαμένοι.

⁷⁵ PLUTARCO, *De Alexandri fortuna ac virtute* II 3 p.336B: νοῦς ὀρῆι καὶ νοῦς ἀκούει· τᾶλλα κωφὰ καὶ τυφλά.

⁷⁶ ARISTÓTELES, *Rethorica* B 21. 1394 b25:

θνατὰ χρῆ τὸν θνατόν, οὐκ ἀθάνατα τὸν θνατὸν φρονεῖν.

⁷⁷ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata* IV 170: εὐσεβῆ νόωι πεφυκῶς οὐ πάθοις κ' οὐδὲν κακὸν καταθῶν' ἄνω τὸ πνεῦμα διαμενεῖ κατ' οὐρανόν.

⁷⁸ *Ibidem* VII 27: καθαρὸν ἂν τὸν νοῦν ἔχης, ἅπαν τὸ σῶμα καθαρὸς εἶ.

⁷⁹ *Ibidem* V 101: οὐδὲν ἐκφεύγει τὸ θεῖον· (...) αὐτός ἐσθ' ἁμῶν ἐπόπτης, ἀδυνατεῖ δ' οὐδὲν θεός.

Brevísimamente, pues el tema es demasiado amplio para tratarlo aquí, nos referiremos a tres de los grandes filósofos posteriores, dos del período clásico y uno del postclásico, Platón, Aristóteles y Plotino, sin los cuales el tema de la identidad humana y de su correlación con la divina nos parece quedar incompleto. En ellos advertimos el eco de muchas de las intuiciones de sus antecesores, algunos de los cuales habían influido en su doctrina mucho más de cuanto ellos mismos estuviesen dispuestos a admitir.

El ideal platónico es el de un hombre puro como aquellos que, siguiendo el cortejo de un dios, llegan a la cima de la contemplación

«sin estar marcados por aquel féretro que normalmente llevan consigo y que ahora llamamos cuerpo; unidos estrechamente a él como la ostra a su caparazón»⁸⁰.

En razón de la larga convivencia con el dios, el hombre es el afortunado poseedor de aquel tanto de sabiduría que le permite autoalimentarse a sí mismo⁸¹. Su ubicación privilegiada en el cosmos, y a la vez la responsabilidad que ella comporta, aparece clara en la siguiente afirmación:

«Nosotros los hombres estamos colocados en un ‘puesto de guardia’ y no debemos soltarnos y huir (...), pues existen los dioses y cuidan de nosotros; somos ‘cosas de los dioses’»⁸².

Consciente de que, dejado a sí mismo, el ser humano no es capaz de lograr la excelencia, Platón admite la necesidad de las iniciaciones para actualizar eso divino ínsito desde siempre en su naturaleza. Por tanto afirma:

«El hombre iniciado en misterios perfectos deviene, él solo, verdaderamente perfecto; se aparta de las pesadumbres humanas y permanece junto al dios»⁸³.

En cuanto a Aristóteles, sus tratados de Metafísica y de Ética se han explayado largamente sobre la dimensión espiritual del hombre; y lo mismo su ensayo sobre el alma que es para él, de algún modo, todas las cosas,

⁸⁰ καθαροὶ ὄντες καὶ ἀσημαντοὶ τοῦτου ὁ νῦν δὴ σῶμα περιφέροντες ὀνομάζομεν, ὁστρέου τρόπον δεδεσμευμένοι. *Fedro* 250c.

⁸¹ ἐκ πολλῆς συνουσίας...αὐτὸ ἑαυτὸ ἤδη τρέφει. *Carta séptima* 341d.

⁸² *Fedón* 62B: ἔν τινι φρουραῖ ἔσμεν οἱ ἄνθρωποι καὶ οὐ δεῖ δὴ ἑαυτὸν ἐκ

ταύτης λύειν οὐδ' ἀποδιδράσκειν (...), θεοὺς εἶναι ἡμῶν τοὺς ἐπιμελουμένους καὶ ἡμᾶς τοὺς ἀνθρώπους ἐν τῶν κτημάτων τοῖς θεοῖς εἶναι.

⁸³ *Fedro* 249c-d: τέλος ὄντως μόνος γίγνεται ἐξιστάμενος δὲ τῶν ἀνθρωπίνων σπουδασμάτων καὶ πρὸς τῷ θεῷ γιγνόμενος.

pues lo divino mora en ella, y es, ella misma, lo divino dentro del hombre. Especialmente decidores y de rara belleza son los fragmentos de sus obras juveniles, colmados de idealidad y entusiasmo en lo que al hombre y al dios se refiere. Omitimos referirnos en detalle a su pensar, en cuanto su meditación sobre lo humano y lo divino ha sido objeto de un nuestro trabajo anterior⁸⁴. Nos limitamos a subrayar su insistencia en la necesidad de que el hombre alcance la felicidad. A esto, en verdad, está destinado⁸⁵, porque conoce los principios de la existencia y ha recibido de los dioses la doctrina de un vivir con alegría y la esperanza de un buen morir. Es lo que luego ha ratificado en Roma Cicerón, el príncipe de la elocuencia latina⁸⁶.

Cerrando el arco iniciado con las voces de los primeros sabios, nos place concluir nuestro largo recorrido con estas sugestivas palabras de Plotino:

«Muchas veces, despertándome del cuerpo y volviendo a mí mismo, saliéndome de las otras cosas y entrando en mí mismo, veo una belleza extraordinariamente maravillosa (θαυμαστὸν ἡλίκον κάλλος). Convencido entonces más que nunca de que pertenezco a la porción superior de los seres, actualizo la forma de vida más eximia (ζωὴν τε ἀρίστην ἐνεργήσας) y, unimismado con la divinidad y establecido en ella, ejercito aquella forma de actividad y me sitúo por encima de todo el resto de lo inteligible». (...) «Y es que el alma es muchas cosas; es todas las cosas, tanto las de arriba como las de abajo, pasando por toda la gama de vida. Y así, cada uno de nosotros es un universo inteligible». (...) «Los niveles preliminares son nuestros, pero 'nosotros' somos lo ulterior, y presidimos desde arriba al animal»⁸⁷.

Considerándolos en su conjunto, de todos estos testimonios nos parece ver aflorar, en la imagen de hombre que los pensadores antiguos trazaron, una dualidad que se nos muestra a veces como una dicotomía, aunque no siempre aparece excluyente.

Por un lado, es la imagen de un ser sano en el cuerpo y hábil en la mente, cuya riqueza más valiosa es la posesión de un νόος puro, colmado de ser y sabiduría, y de un alma-fuego capaz de mover el cuerpo y de mantenerlo unido atrayendo, uno hacia el otro, todos sus miembros al modo de un imán. En la cúspide de esta meditación el hombre es visto como un

⁸⁴ «Dios y lo divino en la Ética de Aristóteles» en *Philosophica* 11, pp.31-54.

⁸⁵ εὐθυμίας δεῖ μεστὸν εἶναι καὶ γήθους. *De philosophia* fr.14.

⁸⁶ *Ita re uera principia uitae cognouimus, neque solum cum laetitia uiuendi rationem*

accepimus, sed etiam cum spe meliore moriendi. De legibus 2, 14, 36.

⁸⁷ IV (8), 1-10: ἡμεῖς δὴ τὸ ἐντεῦθεν ἄνω ἐφεστηκότερες τῷ ζώῳ. (Sigo la traducción de Patricia Ciner en *Plotino y Orígenes*. Ed.del I.de Filosofia de la U. de Cuyo. 2001).

ser perfecto, τέλειος, de una perfección que alcanza el grado más alto cuando él se coloca cerca y muy junto a aquel que le dio el ser; es «posesión de los dioses», y es destinado a una felicidad sin límites, tanto en esta vida como en aquella que lo espera después de la muerte. Dotado de asombrosa belleza y abierto a la contemplación, se sitúa hasta por encima de lo inteligible, revelando así su pertenencia a una estirpe superior.

Por otro lado, es la imagen de un ser descriteriado y torpe, apenas un niño y menos que eso; se dispersa como humo en el aire; la incapacidad lo paraliza y, lo peor de todo, siendo la nada misma, se cree grande y poderoso, y está convencido de saberlo todo.

Las dos posiciones parecen irreconciliables, y se niegan una a otra tajantemente.

Por encima de ellas, magnífica y luminosa, resplandece la figura del dios; en su alma está encerrada toda la riqueza a la cual los hombres deben aspirar; pero el dios es inalcanzable, y sería inútil intentar atraparlo con ojos o manos humanas. Es «uno y todo», vela por todos, y no hay nada ni nadie que no deba a él su propia existencia. Sólo con su alma, con su mente, con su espíritu, si ha sabido conservarlos puros, el hombre puede acceder a su presencia y mantenerse unido a él.

A modo de conclusión

Hasta aquí nuestra visión de conjunto acerca de las ideas que los hombres antiguos se habían formado de sí mismos, conscientes como lo eran de que sólo lo divino es paradigma válido para lo humano. De los textos de poetas, sabios y filósofos, se desprenden, como es natural, convergencias y divergencias. Ninguno, sin embargo, hace pensar a una imagen de hombre meramente materialista y profano. Anidan, en cambio, en lo profundo de su alma, el sentido de la Belleza, el culto del Bien, el anhelo de la Verdad. El cosmos entero, reino del orden y de la armonía, se ofrece al hombre como modelo emblemático y sacro, y a él no le queda duda alguna de que su tarea es la de establecer, entre su microcosmo personal e interior y el macrocosmo universal externo, una correspondencia que dé cuenta de esa confluencia, a la vez libre y necesaria, en su misma persona, de las dos esferas del ser. Las incisivas palabras de Píndaro (Ἐν ἀνδρῶν, ἐν θεῶν γένος)⁸⁸ que anuncian y denuncian el origen común de los hombres y de los dioses, con las limitaciones del caso, sellan a la vez categóricamente una identidad y una alteridad variamente enlazadas una a la otra, religando y desligando simultáneamente, en los humanos, aquello que es perecible y aquello que es eterno.

⁸⁸ *Nemea* VI, vv.1-7.